

TONIA ETXARRI

## ENTRE RUTAS Y BRECHAS



**V**olverán a verse a menudo. El presidente Rajoy y el dirigente del PNV, Iñigo Urkullu, ya habían constatado en anteriores encuentros que podían llegar a entenderse aunque las diferencias, sobre todo en el modo de llegar al fin de ETA, permanecen latentes. Entre economía, la tasa del paro y las exigencias de Europa, el acercamiento de los presos aparece como la consigna talismán que todos los interlocutores vascos, menos UPyD y el propio PP, están planteando al nuevo gobierno. Rajoy contaba con ello y su respuesta a las peticiones del burukide no causaron sorpresa.

Para que se llegue a una flexibilización de la política penitenciaria tendrá que disolverse ETA primero. Seguramente, a lo largo de este año, veamos algunos movimientos concebidos en la estricta aplicación de la ley. Como ocurrió con anteriores ejecutivos del PP. Pero lo que quería transmitir ayer el presidente Rajoy a Iñigo Urkullu es que la 'pelota' no está sobre el tejado del Gobierno. Eso es lo que pretenden los herederos de Batasuna. Pero debería estar sobre el tejado de la banda terrorista.

Es una cuestión de ritmos que no es baladí, porque encierra toda una diferencia de principios. Primero que se disuelvan. Después, las negociaciones técnicas. Una comida da para una larga conversación entre dos interlocutores. Aun así, seguramente no tuvieron oportunidad de llegar a concretar qué entienden aquellos partidos que hablan de los «presos políticos» cuando se refieren a los reclusos de ETA.

En el escenario paralelo al del Palacio de La Moncloa, en el Congreso de los Diputados, un ministro del Interior enojado, como Jorge Fernández Díaz, ya había espetado al portavoz de

Amaiur en la sesión de la comisión, la poca vergüenza que tenía al hablar de presos políticos para referirse a los terroristas. Pues bien, esa terminología, la de los «presos políticos» no pertenece al 'copyright' de la izquierda abertzale. También la comparten en el PNV. Sus portavoces no se diferencian ni una lágrima de los de Amaiur y Bildu. Se acuerdan de los 62 años de la muerte de Ghandi y se les olvida mencionar el aniversario del atentado del 30 de enero del 98, en el que ETA mató al concejal Jiménez Becerril y a su esposa. Las diferencias están ahí.

Las rutas que se están trazando desde Euskadi, cada cual tiene su 'hoja' (Urkullu, el lehendakari, el entorno de la banda con sus manifiestos y sus acompañantes), no deberían acabar por abrir brechas insuperables que hagan perder su oportunidad al Estado democrático. La comida entre Rajoy y Urkullu coincidía con un nuevo distanciamiento manifestado entre los dos socios del Gobierno vasco, PP y PSE, provocado por las declaraciones de Jesús Eguiguren a favor de una Constitución vasca propia y de la inevitabilidad de una ruptura con el PP (que sostiene el gobierno de Patxi López en Ajuria Enea) en el caso de no coincidir en los diagnósticos sobre el final de ETA.

El presidente de los socialistas vascos, que sigue en su cargo porque casi nadie del partido le cuestiona, recibió una corrección matizada de la portavoz del Ejecutivo vasco, Idoia Mendia, a la que suele tocar el papel de 'apagafuegos' en momentos delicados. Ahora, indudablemente, estamos asistiendo a uno de esos momentos en los que las víctimas del terrorismo tienen que volver a verse en la misma balanza de los que atentaron contra los suyos sin que se dé el mínimo atisbo de arrepentimiento.